

LIBRO TERCERO.

Habiendo dicho esto Balbo, le contestó sonriéndose Cota: «Tarde me indicas, oh Balbo, lo que he de defender. Yo, cuando tú disputabas, estaba meditando lo que había de decir en contra, y no tanto por empeño de contradecirte, cuanto de poner en claro lo que no entendía. Pero si á cada uno es lícito guiarse por su juicio, muy difícil me parece que yo asienta á lo que tú dices.»

Entonces le replicó Veleyo: «No sabes, oh Cota, con cuánta expectación estoy por oírte, ya que tu razonamiento contra Epicuro ha sido tan agradable á Balbo. Ahora me toca á mí ser oyente atento contra los estoicos, y espero que vendrás bien armado, como sueles

—A fe mía que sí, oh Veleyo (dijo Cota). Y harto más difícil es contestar á Lucilio que á tí.—¿Por qué? dijo Veleyo.—Porque me parece que vuestro Epicuro no disputa mucho sobre los Dioses inmortales; y lo cierto es que no se atreve á negar que existan, sin duda por no exponerse á la odiosidad. Cuando intenta probar que los Dioses nada hacen, ni se cuidan de nada, y que están dotados de miembros humanos, pero que no les son de utilidad alguna, parece que se burla, dán-

dose por contento con haber dicho que hay alguna naturaleza feliz y eterna. Pero ya advertirás que Balbo ha dicho muchas cosas, que aunque no sean verdaderas, son ordenadas y coherentes entre sí. Y así pienso, como he dicho, no tanto refutar su oración, como aclarar lo que no he entendido. Por lo cual, oh Balbo, te pregunto qué es lo que prefieres, si responder á cada una de las cosas que de tí he oído y no he entendido, ó escuchar todo mi razonamiento.»

A esto dijo Balbo: «Yó prefiero responder, si quieres que te explique algo; pero si no quieres preguntarme, haré lo que quieras, ó responderé en seguida á cada una de las cosas, ó después de tu peroración responderé á todas.»

A esto dijo Cota: «Muy bien lo has pensado. Sigamos, el hilo de la oración. Pero antes de hablar del asunto, digamos algo de mí, porque no poco me mueve tu autoridad, oh Balbo, y aquella exhortación que me hacías, para que recordase que yo era Cota y pontífice, lo cual, según creo, es razón para que yo defienda las opiniones que de los mayores he aprendido sobre los Dioses inmortales, los sacrificios, las ceremonias y la religión. Yo las defenderé siempre, y siempre las he defendido, y no me apartará de esta opinión aprendida de mis antepasados ningún discurso de filósofo docto ó indocto. Cuando de religión se trata, sigo á Tito Coruncanio, á Publio Scipión, á Publio Scévola, pontífices máximos; y no á Zenón, á Cleantes ni á Crisipo; y más fuerza me hacen las palabras del augur Cayo Lelio, varón verdaderamente sabio, discurrendo sobre la religión en aquel noble discurso suyo, que la de ningún príncipe de los estoicos. Y estando dividida toda la religión del pueblo romano en sacrificios y en auspicios, á los cuales puede añadirse en tercer lugar las predicciones que los

Intérpretes de las Sybilas y los arúspices sacan de los fenómenos portentosos, he creído que ninguna de estas partes de la religión es para despreciada, y siempre me he persuadido que Rómulo con los auspicios y Numa con los sacrificios echaron los fundamentos de nuestra ciudad, que nunca hubiera podido llegar á tanta grandeza sin el favor muy señalado de los Dioses inmortales. Esto es, oh Balbo, lo que piensa Cota, lo que piensa el pontífice. Hazme entender ahora lo que piensas tú. De tí, filósofo, debo aprender la razón de la religión; á nuestros mayores, aunque no den ninguna razón, debo creerlos.»

A esto replicó Balbo: «¿Y qué razón me preguntas, oh Cota?—De cuatro partes ha constado tu división; en la primera has querido mostrar que hay Dioses; en la segunda, cómo son; en la tercera, que rigen el mundo; en la cuarta, que presiden á las cosas humanas. Esta, si mal no recuerdo, fué tu división.—Así es, dijo Balbo; pero espero adónde vas á parar.—Veamos cada cosa de por sí, dijo Cota. Y en cuanto á lo primero, es decir, que hay Dioses, cosa en que todos convienen, excepto los muy impíos, y verdad que no puede ser arrancada de mi ánimo, te diré que me lo persuado por autoridad de nuestros mayores, pero no por las razones que tu me das.—Y si estás persuadido (dijo Balbo), ¿para qué quieres que yo te dé razones?—Porque entro en esta disputa como si no hubiera oído ni pensado nada de los Dioses inmortales; recíbeme, pues, como un discípulo rudo y novicio, y enséñame lo que te pregunto.

—Dime lo que deseas.—¿Yo? Te pregunto, ante todo, por qué, habiendo dicho al principio que la existencia de los Dioses era cosa evidente y admitida entre todos, has gastado tantas palabras en defenderla.—Porque he advertido que tú también, Cota,

cuando hablas en el foro, procuras agobiar con muchos argumentos al juez, si es que la causa te da facultad para ello. Esto mismo hacen los filósofos, y esto he hecho yo en cuanto he podido. Y esto mismo haces tú que me lo preguntas, lo cual vale tanto como preguntar por qué te miro con dos ojos y no con uno solo, siendo así que lo mismo podría verte.»

A esto dijo Cota: «Tú verás en qué consiste la semejanza. Lo cierto es que yo, ni siquiera en las causas suelo argumentar sobre lo que es evidente y en que todos convienen, porque lo que de suyo es claro se ocurece con la argumentación, ni aunque hiciera esto en las causas forenses, me atrevería á hacer lo mismo en estos razonamientos más sutiles. Y no es ejemplo apropiado el de mirar con un solo ojo, pues de entrambos resulta una sola visión, y la naturaleza, que tú llamas tan sabia, ha querido que tuviéramos dos ventanas en vez de una. Pero como tú no confiabas en que fuese tan perspicuo lo que pretendías, has creído necesario corroborarlo con muchos argumentos. A mí me bastaba que nuestros mayores lo hubiesen enseñado así. Tú desprecias la autoridad, y te armas sólo con la razón. Sufre, pues, que mi razón pelee con la tuya. Traes todos esos argumentos para probar que hay Dioses, y una cosa á mi juicio indudable la haces dudosa con tu argumentación. He encomendado á la memoria no sólo el número, sino también el orden de tus argumentos.

»Fué tu primer argumento el decir que, por la contemplación del cielo, entendemos que existe algún numen que todo lo rige. De aquí aquel verso del poeta:

Mira el sublime cielo que llaman todos Jove.

Como si alguno de los otros llamase á Jove celeste, más bien que Capitolino, ó como si fuese cosa eviden

te y averiguada por todos, que son Dioses los que ni Veleyo ni otros muchos te concederán siquiera que sean animales.

»También te parecía grave argumento el de ser común á todos la opinión de los Dioses inmortales, y el ir creciendo cada día. ¿Y te parece que una cosa tan grave puede juzgarse por opinión de los necios, y que podéis asentir á esto vosotros que á todo el que no es sabio le tenéis por insensato?

»Me dirás que á veces vemos presentes á los Dioses, como los vió Postumio en el lago Regilo, y Vatio en Salaria, y no sé qué dijiste también de la batalla de los Locrenses junto á Sagra. ¿Crees tú que los llamados Tyndáridas, esto es, unos hombres nacidos de hombres, y de quienes Homero, que fué muy poco posterior á su tiempo, dice que fueron sepultados en Lacedemonia, vinieron en cabalgaduras blancas y sin séquito alguno al encuentro de Vatio, y anunciaron la victoria del pueblo romano, más bien á Vatio, hombre rústico, que á Marco Catón, que era entonces el principal de la ciudad? ¿Crees tú que aquel vestigio como de uña que aparece hoy en la piedra junto al lago Regilo, es del caballo de Cástor? ¿No prefieres creer (lo cual puede aprobarse) que los ánimos de hombres tan excelentes como fueron estos Tyndáridas, son divinos y eternos, y no creer que, después de quemados, pudieron montar á caballo y pelear en escuadrón? Y si dices que esto fué posible, no sé por qué no citas también, como argumentos de mucha fuerza, los cuentos de las viejas.

—¿Fábulas te parecen éstas? dijo Lucilio. ¿No has visto en el foro el templo dedicado á Cástor y Pólux? ¿No has visto el decreto del Senado sobre Vatio? Y en cuanto á Sagra, tienes el vulgar proverbio de los Griegos, que cuando afirman alguna cosa por muy

verdadera, dicen que es mas cierta que las que pasaron en Sagra. ¿No te convencen estas autoridades?»

A esto respondió Cota: «Con rumores peleas contra mí, oh Balbo, y yo lo que te pido son razones.

»Hablabas después de las predicciones, y decías que nadie puede evadirse de la suerte futura. Muchas veces ni aun es útil saber lo venidero. Gran miseria es angustiarse sin provecho alguno, y no tener ni siquiera el consuelo extremo y común de la esperanza, especialmente vosotros que lo atribuíis todo á la fatalidad, y llamáis fatalidad á lo que ha sido siempre verdadero desde toda la eternidad. ¿Qué importa, ó de qué nos ha de servir para guardarnos, el saber algo de las cosas futuras, siendo así que éstas no pueden menos de suceder? ¿De dónde nació esta adivinación? ¿Quién aprendió á conocer las hendeduras del hígado, quién el canto de la corneja, quién la adivinación por suertes, en todas las cuales yo creo, así como tampoco puedo despreciar el *lituo* de Accio Navio, que tú recordabas? Pero en qué se fundan estas predicciones, quiero que me lo enseñen los filósofos, porque veo que los adivinos suelen mentir sobre muchas cosas. Me dirás que los médicos también se engañan muchas veces. Pero ¿qué semejanza hay entre la medicina, cuya razón yo comprendo, y la adivinación, que no sé de donde nace? Tú crees que el sacrificio de los tres Decios bastó á aplacar á los Dioses. Pero ¿cuán grande debe de ser la iniquidad de esos Dioses, que, para aplacarse con el pueblo romano, necesitaron que tan grandes varones pereciesen! Fué ardid imperatorio, que los Griegos llaman *estratagemá*, en la cual aquellos caudillos estimaron más la salud de su patria que la propia vida. Ellos sabían que forzosamente el ejército había de seguir al general que se precipitaba á caballo en medio de los ene-

migos, y esto fué lo que sucedió. En cuanto á la voz del Fauno, no la he oído nunca. Te creeré si me dices que la has oído tú mismo, pero lo cierto es que todavía ignoro qué cosa sea un Fauno.

»No son muy fuertes, oh Balbo, tus argumentos en pro de la existencia de los Dioses. Yo creo que existen, pero los estoicos no lo prueban. Cleantes decía que de cuatro modos se forma en el entendimiento humano la noción de los Dioses. Del primer modo he dicho ya bastante: es el que se funda en la predicción de las cosas futuras. El segundo, en los terremotos, tempestades y demás fenómenos extraordinarios. El tercero, en la comodidad y abundancia de los bienes de la tierra. El cuarto en el orden de los astros y en la constancia del cielo.

»De las predicciones hemos dicho ya bastante. De los fenómenos celestes y marítimos, poco hay que decir, pues hay pocos que los teman y crean que son obra de los Dioses inmortales. Pero no se trata de investigar si hay alguien que crea en la existencia de los Dioses; lo que se pregunta es si los Dioses existen ó no.

»Las demás causas que Cleantes expone (es á saber, la abundancia de los bienes de la tierra, y el orden de las estaciones y movimiento armonioso del cielo) serán tratadas por nosotros cuando disputemos acerca de la providencia de los Dioses, de la cual tú, amigo Balbo, has hablado extensamente: para aquel mismo lugar reservamos el razonamiento de Crisipo, según el cual, habiendo en la naturaleza algo que no ha podido ser obra humana, es necesario que exista algo mejor que el hombre. Para entonces quedan también la comparación que hacías de la hermosura del mundo con una casa hermosa, y el argumento tomado del consenso del género humano, y las breves y agudas conclusio-

nes de Zenón. Y entonces será ocasión de discutir todo lo que tú, como físico, has dicho de la fuerza ígnea, y se investigará si es tan cierto como afirmabas, que todo se engendra del calor; y todo lo que anteayer dijiste queriendo probarnos que existían Dioses, porque ni el mundo universo, ni el sol, la luna y las estrellas tienen sentido y entendimiento. Y te seguiré preguntando una vez y otra, con qué razones te persuades de la existencia de los Dioses.»

A esto replicó Balbo: «Yo creo haber alegado razones, pero tú las refutas de tal modo, que cuando parece preguntarme, y yo me preparo á responder, apartas de repente el hilo de la oración, y no dejas lugar á la réplica. Y así has pasado en silencio muchas cosas sobre la adivinación y sobre el hado, materias que trataste con ligereza, pero en las cuales los nuestros suelen detenerse mucho. Lo cierto es que no tienen directa relación con el asunto que traemos entre manos. Por lo cual, si te parece, puedes proceder menos confusamente, para que lleguemos al verdadero objeto de esta disputa.

—Muy bien dices, respondió Cota. Y así, ya que has dividido toda la cuestión en cuatro partes, y hemos hablado de la primera, consideremos la segunda, la cual me ha parecido tal, que queriendo probar cuáles son los Dioses, has mostrado realmente que no existen. Decías que era muy difícil apartar el ánimo de la costumbre de los ojos; pero no habiendo nada más excelente que Dios, no dudabas que el mundo era Dios, por no haber en la naturaleza cosa mejor que el mundo, con tal que le pudiésemos contemplar como animado, viendo esto con el ánimo y no con los ojos. Pero ¿en qué sentido dices que el mundo es lo mejor? Si quieres decir que es lo más hermoso, lo concedo: si crees que es lo más acomodado para nuestra

utilidad, lo concedo también; pero si dices que nada hay más sabio que el mundo, de ningún modo puedo asentir á tu opinión, no porque sea difícil apartar el entendimiento de los ojos, sino que cuanto más le aparto, tanto menos puedo comprender lo que tú imaginas.

»En la naturaleza nada hay mejor que el mundo; tampoco hay en la tierra nada mejor que nuestra ciudad. ¿Y crees por eso que en la ciudad hay razón, entendimiento y juicio, ó que no habiéndolos, ha de ser antepuesta una hormiga á esta ciudad hermosísima, sólo porque en la ciudad no hay sentido alguno, y en la hormiga no sólo sentido, sino entendimiento, razón y memoria? Has de mirar, oh Balbo, lo que se te concede, y no dar por cosa evidente y probada todo lo que bien te parece.

»Ya Zenón dilató este argumento en aquella breve conclusión que te parecía tan aguda. Zenón concluía de este modo: «lo racional es mejor que lo irracional. Nada es mejor que el mundo; luego el mundo es racional.» De esta manera probarás, si quieres, que el mundo puede muy bien leer un libro. Siguiendo las huellas de Zenón, podrás razonar de este modo: lo que es literato, es mejor que lo que no es literato; nada es mejor que el mundo, luego el mundo es literato. Del mismo modo probarás que es disertor el mundo, y también matemático, músico, erudito en toda ciencia, y hasta filósofo. Muchas veces he dicho que nada se hace sin intervención divina, y que no hay fuerza alguna en la naturaleza que pueda producir cosas desemejantes de sí. Concederé, no sólo que el mundo es animado y sabio sino también que es tañedor de flauta y de lira, porque de él se engendran los artífices de estas artes. Ninguna razón más fuerte da el padre de los estoicos para que creamos que el

mundo es racional y animado. El mundo no es Dios, y sin embargo nada hay mejor que él, nada más hermoso, nada más saludable para nosotros, nada más decoroso en su aspecto, y nada más constante en su movimiento. Y si el mundo universo no es Dios, mucho menos lo son las innumerables estrellas que tú ponías en el número de los Dioses, y cuyo curso igual y eterno tanto te deleitaba, y no sin razón, á fe mía, porque son de admirable y eterna constancia. Pero no todo lo que tiene un movimiento igual y constante ha de ser atribuído á Dios más que á la naturaleza.

»¿Qué cosa hay más constante en su movimiento recíproco que el Euripo de Calcidia, ó que el estrecho Siciliano, ó que el hervor del Océano en aquellos lugares donde la onda rapaz divide la Europa de la Libia? Y qué, las marcas, ya de España, ya de Bretaña, y el flujo y reflujó del mar en tiempos fijos, ¿no pueden comprenderse sin un Dios? Si todo movimiento, y todo lo que conserva un orbe se llama divino, ¿por qué no leemos de llamar divinas las fiebres tercianas y quartanas, cuya reversión y movimiento no puede ser más constante? De todos estos fenómenos debe buscarse la razón natural, pero cuando vosotros no podéis encontrarla, acudís á un Dios, como si os refugiaseis á un ara.

»Te parecía muy aguda la sentencia de Chrisyppo, hombre sin duda alguna ingenioso y sagaz. «Si algo existe (dice) que el hombre no haya podido hacer, el que lo ha hecho es mejor que hombre: es así que el hombre no ha podido hacer las cosas que existen en el mundo; luego el que ha podido hacerlas es superior al hombre. ¿Y quién ha podido aventajarse al hombre sino Dios? Luego Dios existe.

»Todo esto procede del mismo error, que ya advertimos en Zenón, porque no se distingue qué es lo

mejor, qué es lo más excelente, ó qué diferencia hay entre la naturaleza y la razón. El mismo Zenón dice que si los Dioses no existen, nada hay en toda la naturaleza mejor que el hombre. Y por otra parte juzga grande arrogancia eso de pensar cualquier hombre que nada hay superior á la naturaleza humana. Sea en buen hora arrogancia estimarse superior á todo el mundo. Pero no es arrogancia, sino más bien prudencia, entender que tenemos sentido y razón, y que no los tienen el Orión y la Canícula. Decís también que cuando vemos una casa hermosa, debemos entender que no la edificaron las paredes sino su dueño: hemos de tener, pues, el mundo por habitación de los Dioses. Yo así lo creería, si por otra parte no juzgara que el mundo no fué creado por los Dioses, sino conformado por la naturaleza, como probare luego.

»Pregunta Sócrates en *Xenofonte* de dónde hemos recibido el alma, puesto que el mundo no la tiene. Y yo pregunto de dónde hemos recibido la palabra, de dónde el número, de dónde el canto. A no ser que juzguemos que el Sol habla con la Luna cuando se acercan más, ó que el mundo canta armoniosamente, como juzgó Pitágoras. Todos éstos, oh Balbo, son efectos de la naturaleza, no de naturaleza que procede artificiosamente, como dice Zenón (lo cual ya examinaremos), sino que lo agita todo con su perenne movimiento. Por eso me parece bien lo que decías de la conveniencia y armonía de la naturaleza, que parece que conspira á un mismo fin. Lo único que yo no aprobaba es el que tú negases que esto pudiera acaecer de otro modo que por espíritu divino. La naturaleza se mantiene en cohesión por sus propias fuerzas, más que por las de los Dioses, y hay en ella ese concierto que los Griegos llaman simpatía. Pero cuanto

es más espontánea y mayor, tanto menos debe atribuirse á razón divina.

»¿Y cómo deshacéis las objeciones que ponía Carneades? Si no hay ningún cuerpo inmortal, no hay ningún cuerpo sempiterno. Es así que no hay ningún cuerpo inmortal, ni siquiera individual, ni hay ninguno que no pueda dividirse y disolverse, y teniendo todo animal naturaleza pasiva, no hay ninguno de ellos que se libre de la necesidad de recibir algo extrínseco, esto es, de la necesidad de sufrir y padecer. Y si todo animal es mortal, ninguno es inmortal. Y si todo animal puede partirse y dividirse, ninguno de ellos es individual ni eterno. Es así que todo animal es apto para recibir el impulso exterior; luego es necesario que todo animal sea mortal, disoluble y divisible.

»Del mismo modo que, si toda cera fuese conmutable, no habría cosa alguna de cera que no pudiese experimentar mudanza; y lo mismo todo objeto de plata y de bronce, si tal fuese la naturaleza de los metales; por igual razón, si todos los elementos de que constan los cuerpos son mudables, ningún cuerpo puede dejar de ser mutable: es así que vosotros lo admitís de los elementos; luego debéis admitirlo del cuerpo. Pero si hubiese algún cuerpo inmortal, no habría nada mutable. De aquí resulta que todo cuerpo es mortal. Porque todo cuerpo es agua, ó aire, ó fuego, ó tierra, o un compuesto de éstos ó de alguna parte de ellos, y de estas cosas no hay ninguna que no perezca. Todo lo terreno se divide, y el humor es tan blando que fácilmente puede comprimirse. El fuego y el aire obedecen al más leve impulso, y son de naturaleza movediza y disipable. Además, todas las cosas perecen cuando se trasnudan en otra naturaleza, v. gr., cuando la tierra se convierte en agua, y cuan-

do del agua nace aire, y del aire éter, y viceversa. Si perecen así los elementos de que todo animal consta, es claro que no hay ningún animal sempiterno. Y dejando esto á un lado, tampoco puede encontrarse animal alguno que no haya nacido nunca y haya de existir siempre. Todo animal tiene sentidos: siente el calor, el frío, lo dulce, lo amargo, y no puede por ningún sentido recibir las cosas agradables y no recibir sus contrarias. Si recibe el sentido del deleite, recibe también el del dolor. Lo que recibe el dolor es necesario que reciba también la muerte: confesemos, pues, que todo animal es mortal.

»Y si existe algún sér que no sienta placer ni dolor, no puede ser animal. Siendo animal, es necesario que los sienta, y sintiéndolos, no puede ser eterno; luego ningún animal es eterno. Además, no puede haber ningún animal en quien no haya apetito y repulsión natural. Todo animal apetece lo que es conforme á su naturaleza, y huye de lo contrario. Lo que es contra su naturaleza tiene fuerza para matarle; luego es necesario que todo animal perezca. Por innumerables razones puede probarse que nada hay que tenga sentido y que no muera. Aun las mismas cosas que se sienten, como el frío, el calor, el placer, el dolor, etc., cuando llegan al extremo, matan. No hay animal sin sentido; luego, ningún animal es eterno.

»La naturaleza del animal puede ser ó simple, es decir, de tierra, de fuego, de aire, de agua, lo cual apenas puede entenderse qué cosa sea, ó compuesta de muchos elementos, cada uno de los cuales ocupe por fuerza natural su lugar, unos el ínfimo, otros el sumo, otros el medio. Pueden mantenerse en cohesión por algún tiempo, pero no siempre, porque forzosamente la naturaleza ha de arrastrar cada uno á su lugar. No hay, pues, ningún animal sempiterno.

»Pero los vuestros, oh Balbo, suelen referirlo todo á la fuerza del calor, siguiendo á Heráclito, aunque no todos le interpretan del mismo modo. Y como él no quiso que se le entendiese, le dejaremos á un lado. Vosotros decís que toda fuerza es calor, y que por consiguiente los animales perecen cuando el calor les falta; y que en toda naturaleza sólo vive y florece lo que tiene calor. Pero yo no acabo de entender de qué modo, extinguido el calor, perecen los cuerpos, y por qué no perecen cuando pierden el humor del agua ó el espíritu del aire, siendo así que también el excesivo calor los mata. Veamos adónde va á parar vuestro razonamiento.

»Sostenéis, según creo, que fuera de los animales, nada hay, ni en la naturaleza ni en el mundo, sino fuego. ¿Y por qué no decís que nada existe sino el alma, de la cual se deriva el nombre mismo de animal? ¿O es que dais por probado y concedido que nada es el alma sino fuego? Más probable me parece que el alma sea mezclada de fuego y aire.

»Y si el fuego es por sí mismo un animal, sin mezcla de ninguna otra naturaleza, y mezclándose con nuestros cuerpos hace que sintamos, no puede él mismo carecer de sentido. De aquí volvemos al argumento pasado: todo lo que tiene sentido ha de sentir necesariamente el placer y el dolor, y todo lo que está sujeto al dolor, también lo está á la muerte. Y por eso ni al fuego mismo podemos imaginarle eterno.

»¿Y vosotros mismos no admitís que todo fuego necesita de alimento, y que sin él no puede durar, y que el Sol, la Luna y los demás astros se alimentan de aguas, ya dulces, ya marinas? Esta es la causa que Cleantes encuentra para que el Sol no pase más allá del círculo solsticial de invierno, por no apar-

tarse mucho del alimento. De todo esto hablaremos después: ahora afirmamos que lo que puede morir no es eterno por su naturaleza. Es así que el fuego puede morir, si no se le alimenta; luego el fuego no es sempiterno por su naturaleza.

»Pero ¿cómo podemos concebir un Dios privado de toda virtud? Atribuiremos á este Dios la prudencia, que consiste en saber del bien y del mal y de las cosas que no son ni buenas ni malas? El que no tiene ningún mal, ni puede tenerle, ¿para qué necesita la distinción de lo bueno y de lo malo? ¿Para qué la razón, para qué la inteligencia, de las cuales nos valemos para llegar por medio de lo fácil á lo oscuro? Nada puede ser oscuro para el Dios. Y la justicia, que distribuye á cada cual lo suyo, ¿qué tiene que ver con los Dioses? La sociedad y comunidad de los hombres, como decís vosotros, creó la justicia. La templanza consiste en abandonar los deleites del cuerpo; pero no habiendo lugar para ellos en el cielo, tampoco lo hay para la templanza. ¿En qué puede concebirse un Dios fuerte? ¿En el dolor, en el trabajo, en el peligro? Ninguna de estas cosas tiene que ver con el Dios. ¿Cómo hemos de entenderle, pues, dotado de razón ni de virtud alguna?

»Y no puedo despreciar bastante la ignorancia del vulgo y de los doctos, cuando considero las cosas que dicen los estoicos, pues son las mismas que afirman los ignorantes. Los Sirios veneran á un pez. Los Egipcios han divinizado casi todos los géneros de bestias. Los Griegos veneran á muchos hombres convertidos en Dioses. Los Alabandos, á Alabando; los Tenedos, á Tenes; toda la Grecia, á Leucotea, que antes se llamó Ino, y á su hijo Palemón, y á Hércules, á Esculapio y á los Tyndáridas; los nuestros, á Rómulo y á otros muchos ciudadanos nuevos y agre-

gados á la república de los cielos. Esto dicen los in-doctos.

»¿Y vosotros los filósofos decís algo mejor? Concedamos que el mundo sea Dios. Yo creo que lo es

Aquel sublime ardiente que llaman todos Jove.

¿Por qué añadimos más Dioses? ¿Cuánta es su multitud? A mí me parecen demasiados. A cada una de las estrellas la cuentas como Dios y le das nombre de bestias, como la cabra, el toro, el león, ó de cosas inanimadas, como Argos, el Ara, la Corona.

»Pero aunque esto se os conceda, lo demás ¿quién lo puede no ya conceder sino entender? Cuando llamamos al trigo *Ceres* y al vino *Baco*, nos valemos de un modo de decir usual; pero ¿á quién crees tan loco, que vaya á creer que es Dios aquello de que él se alimenta? En cuanto á los hombres que pasaron á ser Dioses, tú me explicarás el modo cómo esto pudo ser, y yo lo aprenderé con gusto. Pero lo que es ahora, no entiendo de qué manera aquel Hércules, *á quien fué encendida grande hoguera en el monte Eta*, como dice Accio, llegó desde aquella hoguera *á la eterna casa de su padre*, y eso que Homero hace que Ulises le encuentre en los infiernos, lo mismo que á los demás que habían salido de esta vida.

»Quisiera también saber á cuál de los Hércules debemos tributar principal culto. Los que estudian las letras antiguas y recónditas nos refieren muchos: uno antiquísimo, nacido de Jove (pero del Jove más antiguo, porque también encontramos muchos Joves en los antiguos escritos de los Griegos). De este, pues, y de Lysito nació aquel Hércules, de quien cuentan que hizo con Apolo el concierto de la Trípole. También hablan de otro nacido en Egipto á orillas del Nilo, que inventó las letras frigias. El tercero es el

del Ida, á quien ofrecen sacrificios funerales. El cuarto es hijo de Jove y de Asteria, hermana de Latona, que se venera principalmente en Tyro, y dicen que su hija se llamó Cartago. El quinto es el de la India, y le llamaron Belo. El sexto es el hijo de Alcmena y de Júpiter, porque, como ya explicaré, también hubo muchos Joves.

»Y ya que el razonamiento me ha llevado hasta aquí, os confesaré que he aprendido mejores cosas sobre el culto debido á los Dioses, en el derecho pontificio y la tradición de nuestros mayores, y en aquellas urnas que Numa nos dejó y de que en su áureo discurso hablaba Lelio, que en las razones de los estoicos. Si á vosotros sigo, decidme qué he de responder á quien me pregunte: Si todos estos son Dioses, ¿también son Diosas las Ninfas? Si lo son las Ninfas, ¿lo son los Paniscos y los Sátiros? Es así que éstos no lo son; luego tampoco las Ninfas. Me dirás que se les han dedicado templos públicos. Entonces tendrás que poner en el número de los Dioses á todos aquellos á quien se han dedicado templos. Contarás entre los Dioses á Jove y á Neptuno, y al Dios del Orco, hermano suyo, y á los ríos que dicen que corren por el infierno, el Aqueronte, el Cocito, la Stigia, el Phlegetonte, y divinizarás también á Caronte y al Cerbero. Si rechazas esto, también tienes que rechazar el Orco. ¿Qué dices, pues, de sus hermanos?

»Así argumentaba Carneades, no para desterrar la creencia en los Dioses (¿qué cosa habría menos digna de un filósofo?), sino para probar que los estoicos no explican nada de lo concerniente á los Dioses. Y proseguía diciendo:—Si estos hermanos están en el número de los Dioses, ¿por qué no ha de estarlo su padre Saturno, que es tan venerado en Occidente? Y si este es Dios, también hay que confesar que lo es su

padre el Cielo, y los padres del Cielo, el Eter y el Día, y sus hermanos y hermanas, que están nombrados así por los genealogistas antiguos: Amor, Engaño, Miedo, Trabajo, Envidia, Hado, Vejez, Muerte, Tinieblas, Miseria, Queja, Gracia, Fraude, Pertinacia, Parcas, Hespérides, Sueño: á todos los cuales llaman hijos del Erebo y de la Noche. Hemos de aprobar estas monstruosidades, ó negar las primeras.

»Y qué ¿dirás que Apolo, Vulcano, Mercurio y los demás son Dioses, y lo dudarás de Hércules, Esculapio, Cástor y Pólux? Estos son venerados lo mismo que aquéllos, y entre algunos pueblos mucho más. ¿Tendremos por Dioses á los que nacieron de madres mortales? ¿No contaremos en el número de los Dioses á Aristeo, á quien dicen inventor del olivo, hijo de Apolo; á Teseo, que lo fué de Neptuno, y á los demás cuyos padres fueron Dioses, y á los que tuvieron Diosas por madres? Creo que todavía con mayor razón, pues así como en el derecho civil es libre el que nace de madre libre, así en el derecho natural el que naçe de una Diosa ha de ser necesariamente Dios. Y así á Aquiles le veneran religiosamente los habitantes de la isla Astypa; y si él es Dios, también son Dioses Orfeo y Reso, nacidos de una Musa, á no ser que antepongamos las nupcias marinas á las terrestres. Y si éstos no son Dioses, porque en ninguna parte se veneran, ¿cómo han de serlo aquéllos? Considera, pues, que estos honores quizá se tributen á las virtudes de los hombres, y no á su inmortalidad, lo cual tú mismo, oh Balbo, has parecido confesar.

»Pero si juzgas Diosa á Latona, ¿cómo no juzgas á Hécate, que es hija de Asteria, hermana de Latona? Me dirás que también es Diosa. Hemos visto sus aras y sus templos en Grecia. Y si ésta es Diosa, ¿por qué no han de serlo las Euménides, que tienen templo en

Atenas, y entre nosotros, si es acertada mi interpretación, el bosque de las Furias? porque las Furias son Diosas espectadoras y vengadoras de las maldades y crímenes.

»Y si son Dioses los que intervienen en las cosas humanas, también hemos de tener por Diosa á la Nación; á la cual solemos hacer sacrificios, alrededor de los templos de los campos de Ardea, la cual, porque ampara á las matronas en sus partos, se llamó Nación, á *nascentibus*. Y si esta es Diosa, también lo son todos aquellos que tú recordabas: el honor, la fe, el entendimiento, la concordia, la esperanza, la moneda, y todo lo que con el pensamiento podemos fingirnos. Y si esto no es muy verosímil, tampoco lo es el origen de donde estas cosas nacieron.

»¿Y qué dices á esto? Si son Dioses los que veneramos, y los que la tradición nos ha enseñado, ¿por qué no contar en el mismo género á Serapis y á Isis? Y si lo hacemos, ¿por qué rechazar los Dioses de los bárbaros? Contaremos, pues, entre los Dioses á los bueyes, á los caballos, á los ibis, á los gavilanes, á los áspides, á los cocodrilos, á los peces, á los perros, á los lobos, á los gatos, y á otras muchas bestias. Y si lo rechazamos, habrá que rechazar también la Naturaleza de donde procedieron.

»¿Y qué más? ¿Llamaremos Diosa á Ino, que los Griegos apellidan Leucotea, y los nuestros Matuta, y que es hija de Cadmo? Y Circe y Pasifae, nacidas del Sol y de Perseida, hija del Océano, ¿no serán contadas en el número de los Dioses? También nuestros colonos Circenses veneran religiosamente á Circe. La tendrás, pues, por Diosa. ¿Y qué dirás de Medea, que tuvo por abuelos al Sol y al Océano, y por padre á Eta, y por madre á Idytia? ¿Y qué de su hermano Absyrto, que Pacuvio llama Egialeo, aunque el pri-

mer nombre es más usado en los escritos de los antiguos? Y si éstos no son Dioses, temo que tampoco lo sea Ino, porque todo esto ha nacido de la misma fuente.

»¿Serán Dioses Amphiarao y Trophonio? Nuestros publicanos, cuando les decían en Beocia que había campos exceptuados de la ley del censo, por estar consagrados á los Dioses inmortales, negaban que fuesen inmortales los que en otro tiempo habían sido hombres. Si éstos son Dioses, también lo es ciertamente el Erecteo, cuyo templo y sacerdote vemos en Atenas. Y si le hacemos Dios, ¿por qué hemos de dudar en cuanto á Codro, ó á los demás que cayeron peleando por la libertad de su patria? Si esto no es probable, tampoco podrás aprobar los ejemplos anteriores, de donde éste mana.

»Y en algunas ciudades puede entenderse que la memoria de los varones fuertes fué consagrada con honores divinos é inmortales, como estímulo á la virtud, para que más valerosamente se arrojase cada cual al peligro por causa de la república. Por esta misma causa, en Atenas, Erecteo y sus hijas se cuentan en el número de los Dioses, y en Atenas está el templo de Leonatas que llaman Leocorión. Del mismo modo los Alabandenses veneran á Alabando, fundador de aquella ciudad, mucho más religiosamente que á ninguno de los ilustres Dioses; y por eso dijo no sin gracia Stratónico, afirmándole un importuno que Alabando era Dios y Hércules no: «Tenga yo por enemigo á Alabando y tú á Hércules.»

»¿Y no ves, oh Balbo, cuán fuera de camino va lo que decías del cielo y de los astros; que el Sol era Dios, y también la Luna, y que al primero le llamaban los Griegos Apolo, y Diana á la segunda? Y si la Luna es Dios, pondrás también en el número de los

Dioses al Lucero de la mañana y á las demás estrellas errantes, y por consiguiente á las fijas. ¿Y cómo no poner el Arco iris en el número de los Diosses? El es ciertamente hermoso, y por serlo tanto, dicen que es hijo de Thaumante. Y si su naturaleza es divina, ¿por qué no ha de serlo la de las nubes, de las cuales, coloreadas de cierto modo, resulta el arco? Y dicen también que la Nube parió á los dos Centauros. Si pones las nubes entre los Diosses, también tendrás que poner las tempestades, que han sido consagradas por ritos del pueblo romano. Y tendrás que venerar las lluvias, las nubes, los torbellinos, y las olas del mar, á las cuales nuestros caudillos suelen hacer un sacrificio antes de empezar la navegación.

»Y si Ceres es la Tierra, como decías, y se llama así de *gerendo*, ¿quién es la otra Diosa *Tellus*? Y si lo es la Tierra, también lo será el Mar, que tú llamabas Neptuno, y los ríos y las fuentes. Y así, Masón dedicó un templo á cierta fuente de Córcega, y en los augurios vemos los nombres de Tiberino, Espinón, Anemón, Nodino y otros ríos cercanos. Crecerá el número de los Diosses hasta lo infinito, ó ninguno de ellos admitiremos, ni pasaremos por esta superstición interminable.

»No admitimos, pues, ninguno de ellos. Y conviene, oh Balbo, que disputemos también que esos Diosses á quienes augusta y santamente veneramos fueron hombres mortales trasladados al cielo, no realmente, sino en la opinión de los pueblos. Enumeran los teólogos tres Joves distintos: el primero y el segundo nacieron en Arcadia, hijo el uno del Eter, que también engendró, según dicen, á Proserpina y á Baco; hijo el otro del Cielo, padre también de Minerva, á la cual llaman Diosa é inventora de la guerra. El tercero fué Cretense, hijo de Saturno, y todavía se mues-

fra en Creta su sepulcro. Los *Dioscuros* se llaman también de muchos modos entre los Griegos. Los tres primeros, que se llaman Anaces, nacieron en Atenas, de Jove, rey antiquísimo, y de Proserpina, y se llamaron Tritopatreo, Eubuleo y Dionisio. Los segundos fueron Cástor y Pólux, hijos de Jove y Leda. Los terceros son Alcón, Melampo y Emolo, hijos de Atreo y nietos de Pelóps.

»Las musas más antiguas fueron cuatro, hijas del segundo Júpiter: Thelxiope, Aede, Arche, Melete; las segundas, procreadas del Jove tercero y de Mnemosyna, fueron nueve; las terceras, nacidas de Jove Pierio y de Antiopa, á las cuales los poetas suelen llamar Pieridas y Pierias, tienen los mismos nombres y el mismo número que las anteriores. ¿Y cómo dices que el Sol se llamó así, por ser solo, cuando los teólogos enumeran muchos soles? Uno de ellos, hijo de Jove y nieto del Eter. El segundo, hijo de Hyperión; el tercero, hijo de Vulcano y nieto del Niló, cuya ciudad pretenden los Egipcios que es la que se llama Heliópolis; el cuarto es aquel que se supone nacido en Rodas, en los tiempos heroicos, abuelo de Ialiso, Cámiro y Lindo; del quinto dicen que engendró en Colcos á Eta y á Circe.

»También hubo muchos Vulcanos: el primero, nacido del Cielo, del cual Minerva concibió á aquel Apolo, bajo cuyo patrocinio estaba Atenas, según refieren los historiadores antiguos; el segundo, nacido del Nilo, y llamado por los Egipcios Opas, á quien suponen custodio del Egipto; el tercero, nacido del Jove Cretense y de Juno, de quien dicen que presidía á la fragua de Lémnos; el cuarto, hijo de Menalio, que ocupó cerca de Sicilia las islas que llaman Vulcanias. Mercurios hubo varios: el primero tuvo por padre al Cielo y por madre al Día; el segundo fué hijo de Va-

lante y de Foronis, el mismo que bajo tierra se llama Trofonio; el tercero fué hijo de Jove y de Maya, y de él y de Penélope dicen que nació Pan; el cuarto fué hijo del Nilo, y los Egipcios tienen por cosa nefanda el nombrarle; del quinto, á quien veneran los Pheneatas, dicen que mató á Argos, y que por esta causa huyó á Egipto y enseñó á los Egipcios las leyes y las letras. Á éste llaman los Egipcios Thoth, y con el mismo nombre se designa entre ellos el primer mes del año. El primero de los Esculapios fué hijo de Apolo, y es muy venerado entre los Arcades, á quien atribuyen el haber inventado el arte de ligar las heridas; el segundo, hermano del segundo Mercurio, fué, según dicen, herido por un rayo y enterrado en Cynosura; el tercero fué hijo de Arsippo y Arsinoe, e inventó, según dicen, el modo de purgar el vientre y de extraer los dientes. En la Arcadia, no lejos del río Lusio, se muestra su sepulcro, y un bosque consagrado á él.

»El más antiguo de los Apolos es el que poco antes he nombrado, hijo de Vulcano y custodio de Atenas; es hijo de Corybante, nacido en Creta, y tuvo con el mismo Júpiter gran certamen sobre la posesión de aquella isla; el tercero fué hijo de Jove Cretense y de Latona, y dicen que vino desde el país de los Hyperbóreos hasta Delfos; el cuarto nació en Arcadia, y los Arcades le llaman Nomión, porque dicen que de él han recibido las letras. Se cuentan muchas Dianas: la primera, hija de Jove y Proserpina, que engendró, según dicen, al Amor con alas; la segunda, más conocida, hija del tercer Jove y de Latona; la tercera tuvo por padre á Upis y por madre á Glauce, y por eso los Griegos la llaman siempre Upis. Bacos tenemos muchos: el primero, hijo de Jove y Proserpina; el segundo, hijo del Nilo, que dicen que mató á Nysa;

el tercero, hijo de Caprio y rey de Asia, á quien fueron dedicadas las Sabasias; el cuarto, nacido de Jove y de la Luna, á quien se hacen los sacrificios Órficos, el quinto, hijo de Niso y Thyone, que según dicen estableció las fiestas Trietérides.

»La Venus más antigua fué hija del Cielo y del Día, y vemos su templo en Elis; la otra nació de la espuma del mar, y de ella y de Mercurio procedió el segundo de los Amores, según dicen; la tercera, hija de Jove y de Dione, casó con Vulcano, y de ella y de Marte nació Anteros; la cuarta, nació en Siria ó en Tiro; la llaman Astarté, y dice la tradición que fué esposa de Adonis. La Minerva más antigua es la que citamos antes como madre de Apolo; la segunda nació en el Nilo, y la veneran los Egipcios saitas; la tercera fué hija de Jove, como antes decíamos; la cuarta nació de Jove y de Coryphe, hija del Océano, á quien los Arcades llaman Coria y suponen inventora de la cuadriga; la quinta dicen que mató á su padre Palante, porque quiso violar su virginidad: la pintan con alas en los talones. El primer Amor nació de Mercurio y de la primera Diana; el segundo, de Mercurio y de la segunda Venus; el tercero, á quien llaman Anteros, de Marte y de la tercera Venus.

»Todo esto y otras cosas semejantes están recogidas de la antigua tradición de los Griegos, la cual tú crees que debe conservarse para que no se perturbe la religión. Los vuestros, no sólo no rechazan esto, sino que lo confirman, interpretando el sentido oculto de cada cosa. Pero volvamos ya al asunto de donde hemos partido.

»¿Crees tú que se necesitan razones muy sutiles para refutar todo esto? Yo veo que el entendimiento, la fe, la esperanza, la virtud, el honor, la victoria, la salud, la concordia y otras virtudes á este temor,

tienen fuerza de cosas y no de Dioses. O existen en nosotros mismos, como el entendimiento, la fe, la esperanza, la virtud, la concordia, ó son cosas apetecibles para nosotros, como el honor, la salud, la victoria, cuya utilidad veo, así como los simuiacros que se les han consagrado; pero que tengan potestad de Dioses, sólo lo creeré cuando lo entienda. En cuyo género debe colocarse principalmente la fortuna, que nadie separará de la inconstancia y temeridad; cosas indignas ciertamente de un Dios.

»¿Y por qué os deleita tanto la explicación de las fábulas y la declaración de los nombres: v. gr., aquello del Cielo mutilado por su hijo, ó de Saturno encadenado por el suyo? Estas y otras cosas del mismo género las defendéis de tal modo, que no parece sino que los que las fingieron, en vez de ser delirantes, fueron grandísimos sabios. En la declaración de los nombres trabajáis miserablemente: Saturno, porque se satura de años; Mavorte, porque vierte grandes cosas; Minerva, porque disminuye ó porque amenaza; Venus, porque viene á todo; Ceres, de *gerendo*. ¡Qué peligrosa costumbre! En muchos nombres tendréis que dudar. ¡Cómo explicas el nombre de Veyovo? Aunque desde el momento en que dices que Neptuno se derivó de nadar, no habrá nombre ninguno cuya etimología no puedas declarar, mudándole una sola letra, en lo cual me parece que nadas tú más que el mismo Neptuno. Gran molestia y nada necesaria ciertamente, se tomaron primero Zenón, después Cleantes, y finalmente Crisipo, queriendo dar razón de fábulas absurdas y explicar los orígenes de cada palabra. Al hacer esto, venís á confesar que las cosas son muy de otro modo que como el vulgo se las imagina, porque los llamados Dioses no son sino la misma naturaleza de las cosas.

»Y qué error es el que nos ha arrastrado, no sólo á dar á cosas perniciosas nombres de Dioses, sino también á consagrarles templos? Vemos en el Palatino el templo de la Fiebre, y el de Orbona junto al templo de los Lares, y el Ara de la mala fortuna en el Esquilino. Desterremos, de la filosofía tal error, y cuando disputemos de los Dioses inmortales, digamos algo digno de ellos. Tengo mi opinión acerca de ellos, pero no puedo asentir á la tuya. Dices que Neptuno es la inteligencia que gobierna el mar, y lo mismo dices de Cercs. Pero esta inteligencia del mar ó de la tierra, no sólo no la puedo comprender, sino ni aun sospechar siquiera. Y así, por otra parte he de investigar si existen Dioses y cuáles son, ya que tú no has acertado á decirlo.

»Veamos, pues, lo que sigue: en primer lugar, si la providencia de los Dioses rige el mundo; en segundo, si tienen cuidado de los cosas humanas. Estos son los dos puntos que me restan de la división que hice, de los cuales, si me lo consentís, trataré con más detenimiento.—Muy bien has dicho, replicó Veleyo, porque espero de tí mayores cosas y asiento muy firmemente á las que has dicho.» A esto respondió Balbo: «No quiero replicarte, oh Cota; esperemos á otro tiempo, y yo espero que te convenceré.»

(Aquí falta un largo trozo de este libro de Cicerón. El sentido se reanuda más adelante con las siguientes frases que parecen tomadas de una tragedia de Niobe:)

«De ninguna manera ha de ser esto así: grande es el conflicto: ¿para qué he de suplicarlos con tanta masedumbre?»

«¿Te parece que Niobe raciocina poco, y que no es ella misma la que maquina este nefando crimen? ¿Y no ves qué buenas razones da? «En el que quiere bien lo que quiere, la ejecución sigue al intento.»

»Este verso es sembrador de todo mal. Y cuando añade:

«Él con torcido intento me ha puesto hoy lazos: yo
»burlaré todas sus iras, y atraeré la calamidad sobre
»su cabeza; á mí tristezas, á él luto; á él la muerte, á
»mí el destierro.»

»No tienen las bestias aquella razón que vosotros decís que por divino beneficio fué concedida solamente al hombre. Pero ¿veis para qué sirve en nosotros ese favor de los Dioses? ¿No recordáis á Medea, huyendo de su padre y de su patria; «y cuando ve que
»su padre se acerca y está ya para alcanzarla, despedaza á su hermano y dispersa los trozos de su cuerpo
»por los campos, para huir ella mientras el padre se
»detuviese en recoger los miembros, y á él le retardase el dolor, salvándose ella por medio de un fratricidio?»

»En este crimen no le faltó á Medea ni un punto la razón. Y Atreo, cuando preparaba el funesto banquete para su hermano, ¿no revuelve en su cabeza una serie de razonamientos? «Mayor mal, calamidad
»más grande tengo que maquinár, hasta que contunda
»y comprima su acerbo corazón.»

»Ni es para olvidado el mismo Tiestes, que no sólo indujo al adulterio á la mujer de su cuñado, sobre lo cual dice con mucha razón y verdad Atreo: «Cuanto
»más excelsa es la estirpe, mayor es el peligro de que
»se contamine, de que se mezclen los linajes, de que
»las madres reales sean profanadas.»

»¡Y cuán astutamente buscaba el reino por medio del adulterio: «Añado á esto (dice Atreo) que aquel prodigioso cordero de áureo vellón, insigne entre todos mis rebaños, y que el padre de los Dioses me había dado como prenda de la estabilidad de mi imperio, se atrevió á robarle Tiestes, ayudado por mi mujer.»

»¿Te parece que en esta gran maldad no hubo extraordinario uso de la razón?

»Y no sólo está llena la escena de tales delitos, sino que se cometen otros casi mayores en la vida común. Lo sabe la casa de cada uno, lo sabe el foro, lo sabe la curia, el campo, los aliados, las provincias; y así como la razón es guía de los que obran bien, así con la razón se ordenan también las maldades, y el obrar bien es de pocos y rara vez, el obrar mal de muchos y con frecuencia; de tal modo que valiera más que los Dioses inmortales no nos hubiesen dado la razón, y no que nos la hubiesen dado para tanta desdicha. Así como el vino rara vez aprovecha á los enfermos y los daña casi siempre, y por esto es mejor no dársele absolutamente, que incurrir en manifiesto peligro por la esperanza de una dudosa salud, del mismo modo no sé si hubiera sido mejor que al género humano no se le diera este rapido pensamiento, tan agudo y sutil, que llamamos razón, pestífero para tantos, y para tan pocos saludable, que no que se les concediese con tanta munificencia y largueza. Por lo cual, si el entendimiento y voluntad divina anduvieron tan generosos con los hombres que les dieron la razón, fué sólo atendiendo á aquellos á quienes dió buena razón, los cuales ya vemos que si son algunos, por lo menos son muy pocos. No parece bien que os Dioses inmortales hayan tenido cuidado de estos pocos. Infiérese, pues, que no han atendido á nadie.

»Ya sé lo que soléis responder á este argumento, diciendo que nada prueba contra la providencia de los Dioses el que muchos usen perversamente de sus beneficios, no de otro modo que muchos usan mal de su patrimonio, ó sea del beneficio heredado de sus padres. ¿Quién niega esto? Pero ¿qué comparación puede haber entre las dos cosas? No quiso Deyanira dañar á

Hércules, cuando le mandó la túnica teñida en la sangre del Centauro, ni quiso hacer un beneficio á Jasón de Feras aquel que con la espada le abrió el tumor que los médicos no habían podido sanar. Muchas cosas que sus autores destinaban para daño, aprovecharon, y otras al contrario. Y así en lo que se da no aparece la voluntad del dador, ni del buen uso que hace el que recibe puede inferirse la buena amistad del que da. ¿Qué liviandad, qué avaricia, que crimen se emprende sin deliberación, ó sin algún movimiento del ánimo, esto es, sin razón? Toda opinión es razón; buena, si es verdadera; mala, si es falsa. De Dios hemos recibido tan solo la razón, si es que la tenemos; de nosotros la razón buena ó mala. Los Dioses no nos han dejado el beneficio de la razón como se deja un patrimonio. ¿Qué más hubieran dejado á los hombres, si hubiesen querido dañarlos; cuáles hubiesen sido las semillas de la injusticia, de la intemperancia, de la timidez, si la razón no las ayudase?

»Antes recordábamos á Medea y Atreo, personajes heroicos, que con largas y trabadas razones meditaban nefandos crímenes. Pero qué, ¿las ligerezas cómicas no se fundan también en razón? ¿Os parece que disputa poco sutilmente aquel personaje del *Eunuco*? «¿Que haré, pues? Me despidió, me vuelve á llamar: ¿volveré? No, aunque me lo ruegue.»

»Y aquel personaje de los *Synephebos* no duda en disputar, al modo de los Académicos, contra la común opinión, y sostener con razones que es gran deleite «estar en sumo amor y en gran pobreza, tener un padre avaro, duro, difícil para sus hijos, que ni te ame ni se cuide de tí.» Y las razones que da en apoyo de esta increíble sentencia son las siguientes: «Porque podrás engañarle y hurtarle, ó falsificar en cartas su nombre, ó estafarle por medio de un esclavo. Y ade-

»más será doble el placer con que disipes lo que hayas
»robado á un padre avaro.»

»El mismo personaje sostiene que un padre fácil y liberal es incómodo para su amante hijo, porque «ni sé de qué manera engañarle, ni qué he de sacar de él, ni qué dolo ó artificio he de maquinár contra él. Y así todas mis astucias, enredos y falsías me las ha desbaratado la liberalidad de mi padre.»

»Todos estos dolos, artificios y falacias, ¿crees tú que pudieron trazarse sin esa razón, beneficio ilustre de los Dioses? Por eso dice Formión: «Dáme al anciano: ya tengo prevenidas contra él todas mis artes.»

»Pero salgamos del teatro y vengamos al foro. Pase á su tribunal el Pretor. ¿Para qué? Para juzgar al que incendió los registros públicos. ¿Qué delito puede haber más oculto? Pues Quinto Sosio, espléndido caballero romano del campo Piceno, confiesa haberlo hecho. Falsificar las escrituras públicas también lo hizo Lucio Aleno, cuando imitó la firma de seis oficiales. ¿Qué cosa puede haber más hábil que este hombre? Recuerda otras cuestiones: la del oro Tolosano, la de la Conjuración de Yugurta, la del dinero que recibió Tubulón por un juicio, la rogación Peducæa sobre el incesto, y, finalmente, estos casos cotidianos por asesinatos, envenenamientos, peculado, y las infinitas cuestiones á que da lugar la ley nueva de testamentos. De aquí aquellas palabras de la acción judicial: «Si con ayuda y consejo ha sido hecho el hurto.» Tantos juicios sobre la mala fe en la tutela, en el mandato, en la compañía, en el depósito, en los contratos de compra y venta, de locación y conducción. Añádase á esto el juicio público de cosa privada introducido por la ley Pretoria, y aquella acción contra el dolo, verdadero lazo para todos los criminales, la cual inventó nuestro familiar Cayo Aquilio, para aco-

modarla á los casos en que se ha fingido una cosa y hecho otra.

»¿Y es posible que creamos que esta tan gran simiente de males nos ha sido comunicada por los Dioses? Si los Dioses dieron á los hombres la razón, también les dieron la malicia, que no es otra cosa sino una astuta y falaz razón de hacer daño. También los Dioses les dieron el fraude, la maldad y todas las demás cosas, ninguna de las cuales puede emprenderse ni ejecutarse sin razón. «Ojalá (como dice aquella »vieja) nunca hubiera cortado la segur en el monte »Pelio madera para las navcs.» Ojalá que los Dioses nunca hubiesen dado á los hombres esta habilidad de que muy pocos usan bien, y aun éstos suelen ser oprimidos de los que usan mal. Innumerables son los que hacen este mal uso, de tal modo que este divino beneficio del entendimiento parece haber sido dado á los hombres para el fraude y no para la bondad.

»Me diréis que ésta es culpa de los hombres y no de los Dioses; es como si el médico se quejase de la gravedad de la enfermedad ó el piloto de la fuerza de la tempestad. Estos, al fin, son hombrecillos, aunque ridículos, y podría decirles cualquiera: «¿Y quién te »había de llamar si eso no fuese?» Contra Dios hace todavía más fuerza este argumento. Dices que hay culpa en los vicios humanos. ¿Por qué no has dado á los hombres una razón tal, que excluya los vicios y la culpa? ¿Y cómo se concibe error en los Dioses? Nosotros dejamos un patrimonio con la esperanza de que se haga buen uso de él, en lo cual podemos engañarnos; pero Dios ¿cómo puede engañarse? Se engañó el Sol, cuando entregó el carro á su hijo Faetonte. Se engañó Neptuno, cuando concedió á su hijo Tesco que le pidiera tres gracias, una de las cuales era la

muerte de su hijo Hipólito. Estas son fábulas de poetas, y nosotros queremos ser filósofos, inventores de cosas y no de fábulas. Y los mismos Dioses poéticos, si hubiesen sabido que eran perniciosas para sus hijos sus condescendencias, hubieran sido tachados de ofenderlos con el beneficio mismo.

»Y si es verdad lo que Aristón de Quios solía decir, esto es, que los filósofos perjudicaban á los oyentes que entendían mal sus palabras, porque de la escuela de Aristipo podían salir sensuales, y secos de la de Zenón, ciertamente que si habían de salir viciosos los oyentes por entender mal las disputas de los filósofos, valiéranles á estos más el callarse que perjudicar á sus oyentes. De la misma suerte, si los hombres convierten en fraude y malicia la razón que con buen consejo les dieron los inmortales, hubiera sido mejor no darla en absoluto que dársela al género humano. Es como si el médico recetara el vino á un enfermo de quien supiera que lo había de beber con exceso y perecer en seguida; y no es menos de reprender la providencia de los Dioses, que han dado la razón á aquellos de quienes sabían que habían de emplearla torpemente. A no ser que digáis que lo hicieron por ignorancia. ¡Ojalá fuera así! Pero no os atreveréis á ello, porque no ignoro cuánto veneráis el nombre de los Dioses.

»Pero ya podemos cerrar este argumento. Si la necesidad, en opinión de todos los filósofos, es mayor mal que todos los males de fortuna y de cuerpo que se pongan enfrente de ella, y la sabiduría no la consigue nadie, necesario es que estemos en sumos males todos aquellos por quienes vosotros decís que han velado tanto los Dioses inmortales. Pues así como no hay verdadera diferencia entre estas dos proposiciones: nadie está bueno y nadie puede estar bueno, así tampoco entiendo qué diferencia haya entre no ser

«habio nadie y no poderlo ser. Demasiado largamente hemos hablado de cosa tan clara. Telamón ha explicado en un solo verso la razón por qué los Dioses olvidan á los hombres: «si se cuidasen de ellos, á los buenos les sucedería todo bien y á los malos mal, lo cual ahora dista mucho de suceder.»

«Debían haberlos hecho á todos buenos, si es que tenían algún cuidado del género humano. Y si no le tenían, debían haber mirado con predilección á los buenos. Y entonces, á los dos Escipiones, fortísimos y excelentes varones, ¿por qué en España los venció el Cartaginés? ¿Por qué Máximo perdió á su hijo consular? ¿Por qué á Marcelo le mató Aníbal? ¿Por qué Paulo murió en Cannas? ¿Por qué el cuerpo de Régulo fué entregado á la crueldad de los Cartagineses? ¿Por qué á Escipión el Africano no le defendieron las paredes de su casa? Pero todos estos ejemplos y otros muchos son ya antiguos. Veamos otros más recientes. ¿Por qué mi tío, el inocentísimo y doctísimo varón Publio Rutilio, está en el destierro? ¿Por qué mi amigo Druso ha sido muerto en su propia casa? ¿Por qué sucumbió ante el ara de Vesta el pontífice máximo Scévola, ejemplo grande de templanza y de prudencia? ¿Por qué, antes de él, tantos varones principales de la ciudad fueron inmolados por Cinna? ¿Por qué Cayo Mario, el más pérfido de todos, pudo ordenar la muerte de Quinto Catulo, varón de tan excelente dignidad? No me bastaría el dia si quisiera enumerar todos los varones á quienes han sucedido grandes calamidades, y no menos los hombres perversos que han sido afortunados. ¿Por qué Manlio, que había sido siete veces cónsul, murió tan felizmente en su casa, en extrema vejez? ¿Por qué reinó tantísimo tiempo el cruelísimo Cinna?

«Me dirás que fué castigado. Mejor que castigarlo,

hubiera sido impedir que exterminase á tantos ilustres varones. Murió en horribles suplicios Quinto Vario, porque había matado á Druso con hierro y á Metelo con veneno: mejor hubiera sido conservarlos, que castigar á Vario por su crimen. Por cuarenta y dos años tiranizó Dionisio la opulenta ciudad de Siracusa. ¡Y cuánto tiempo dominó Pisistrato en la misma Atenas, flor de Grecia! Me dirás que Falaris y Apolodoro fueron castigados. Pero después que ellos habían atormentado y asesinado á otros muchos. Y aunque muchos ladrones sean castigados, no por eso hemos de decir que sea más acerbo y frecuente el castigo de los cautivos que el de los ladrones. Sabemos que Anaxarco, discípulo de Demócrito, fué despedazado por el tirano de Chipre, y que Zenón de Elca murió en el tormento. ¿Y qué diré de Sócrates, cuya muerte suele arrancarme lágrimas, cuando la leo en Platón? Si los Dioses ven las cosas humanas, ¿dónde está la diferencia?

»Solía decir Diógenes el Cínico que Harpalo, que pasaba en su tiempo por ladrón felicísimo, era con su buena fortuna un perenne testimonio contra los Dioses. Navegando Dionisio á Siracusa, después de haber saqueado en Locres el templo de Proserpina, y llevando en la navegación muy favorable viento, dijo riéndose: «Ya veis, amigos, que buena navegación conceden los Dioses inmortales a los sacrílegos.» Como hombre muy agudo y perspicaz, permaneció siempre en la misma creencia, y así, habiendo llegado al Peloponeso con su armada, y penetrado en el templo de Jove Olímpico, le quitó un manto de oro, de gran peso, que el tirano Gelón había reservado para adornar á Jove, entre los trofeos de los Cartagineses. Y pensando Dionisio que para verano era pesado el manto de oro, y para invierno frío, le echó un

manto de lana, que, según decía, era acomodado para todo tiempo. El mismo, en Epidauro, mandó quitar á Esculapio la barba de oro, diciendo que no convenía que el hijo estuviese barbado, cuando en todos los templos aparecía su padre imberbe. De todos los templos mandó quitar las mesas de plata, porque según costumbre de la antigua Grecia, decían «A los buenos Dioses,» y él quería aprovecharse de su bondad. El mismo quitaba sin ningún escrúpulo las Victorias de oro, y las copas y las coronas que sostenían las manos extendidas de los simulacros, y decía que las recibía y no que las quitaba, por ser necedad no tomar lo que le alargaban y ofrecían los mismos á quienes pedimos bienes. Y cuentan que las cosas arrebatadas de los templos las sacaba á la plaza, y las vendía á voz de pregonero, y después de recibir el dinero, mandaba por edicto que, si alguien tenía objetos procedentes de algún templo, los restituyese á él para un día señalado. Y así á la impiedad contra los Dioses añadió la injuria contra los hombres.

»A éste, pues, no le hirió con su rayo el Olimpio Júpiter, ni le consumió Esculapio con mísera y larga enfermedad, y muerto en su lecho fué honrosamente conducido á la hoguera, y aquella potestad tiránica que él había usurpado, se la trasmitió como justa y legítima, y á modo de herencia, á su hijo.

»Con disgusto refiero todo esto, porque parece que es conceder autoridad de pecar. Y así sería si, aparte de ninguna consideración divina, no fuese bastante grave el peso de la conciencia, destruída la cual se arruina todo. Pues así como ni la casa ni la república pueden subsistir en legítimo orden y disciplina, si no hay en ella premios para las buenas acciones y castigo para las malas, así poco vale la orde-

nación del mundo por los Dioses, si no hay en ella distinción alguna de bienes y de males.

»Me dirás que los Dioses no se cuidan de las cosas pequeñas, y que si el fuego ó el granizo dañan al campo ó á la vid de alguno, no se ha de atribuir esto á Jove, por lo mismo que los reyes no se cuidan de las cosas pequeñas. Esto decís, como si yo me quejara de que Publio Rutilio perdiera el fundo Formiano, y no de que perdiera la vida.

»Vemos que todos los mortales suelen atribuir á los Dioses los bienes exteriores, las viñas, las mieses, los olivos, la abundancia de frutos, toda comodidad y prosperidad de la vida, y, por el contrario, nadie dice haber recibido de los Dioses la virtud. Y en efecto, si por la virtud somos justamente alabados, y en la virtud nos gloriamos, claro es que no hemos recibido este don de Dios sino de nosotros mismos. Y por el contrario, cuando vemos acrecentada nuestra hacienda ó nuestros honores, ó cuando hemos alcanzado algún bien fortuito, ó nos hemos librado de algún mal, damos gracias á los Dioses, y no atribuimos nada á propio mérito. ¿Quién dió nunca gracias á los Dioses por ser hombre de bien? Pero las dió por ser rico, honrado, incólume. Y llaman á Jove, Optimo, Máximo, no porque nos hace justos, templados y sabios, sino porque nos hace salvos, incólumes, opulentos y ricos. Nadie pagó diezmo á Hércules, porque le hiciese sabio. Y aunque dicen que Pitágoras, habiendo descubierto un teorema de geometría, inmoló á las musas un buey, yo no lo creo, porque él nunca quiso sacrificar víctimas al mismo Apolo Delio, para no teñir el ara con sangre. Volviendo á mi asunto, diré que es obligación de todos los mortales que á Dios se le ha de pedir la fortuna, pero que la sabiduría debe buscarla uno mismo. Aunque consagremos templos al entendi-

miento, á la virtud y á la fe, harto sabemos que estas cosas están en nosotros, y que á los Dioses se les ha de pedir sólo la esperanza, la salvación, la ayuda, la victoria. Las prosperidades de los malos arguyen, como Diógenes decía, contra la fuerza y potestad de los Dioses. Me dirás que alguna vez tienen buen éxito los buenos, pero este éxito le atribuimos sin razón alguna á los Dioses inmortales.

»Habiendo ido en cierta ocasión á Samotracia Diágoras, llamado el Ateo, le dijo un amigo suyo: «Tú, »que crees que los Dioses no se cuidan de las cosas »humanas, no adviertes en tantas tablas pintadas »cuántos, haciendo votos, se han librado de la furia »de la tempestad y han llegado salvos al puerto.—Esto »consiste, dijo, en que no están pintados los que nau- »fragaron y perecieron en el mar.» Y el mismo Diágoras, sorprendido en una navegación por furiosa tempestad, oyendo decir á los marineros que con razón les sucedía esto por haber recibido á un impío como él en la nave, les preguntó, mostrándoles otras muchas naves á quienes la misma tormenta combatía, si creían que en alguna de aquellas naves iba también Diágoras. Lo cierto es que para la próspera ó adversa fortuna, importa poco el cómo eres, ni el cómo has vivido.

»Me dirás que los Dioses no lo advierten todo, ni los Reyes tampoco. Pero ¿qué semejanza hay entre una cosa y otra? Si los Reyes abandonan á sabiendas este cuidado, grande es su culpa; pero á un Dios ni siquiera le sirve de excusa su ignorancia.

»Y no deja de ser excelente la defensa que hacéis de la justicia de los Dioses, diciendo que si alguien se libra con la muerte de pagar las penas debidas á su crimen, éstas recaen en sus hijos, en sus nietos, en su posteridad. ¡Oh admirable equidad de los Dioses!

¿En qué ciudad se toleraría una ley, conforme á la cual se condenase al hijo ó al nieto por los delitos del padre ó del abuelo? «¿Cuándo acabará el castigo de la raza de Tántalo, ó qué suplicios bastarán á expiar la muerte de Mirtilo.»

»No sabré decir bien si son los poetas los que han depravado á los estoicos ó los estoicos los que han dado autoridad á los poetas. Unos y otros narran mil portentos y monstruosidades. Pero nunca el que se vió herido por el yambo de Hipponacte ó por el de Arquíloco, atribuyó á los Dioses su dolor, ni cuando vemos la liviandad de Egisto ó de Paris preguntamos la causa á los Dioses, siendo así que oímos casi las voces de la culpa; ni creo yo que la salud de muchos enfermos se debe á Esculapio más bien que á Hipócrates, ni diré que la disciplina de los Lacedemonios haya sido enseñada por Apolo más bien que por Licurgo. Critolao destruyó á Corinto; Asdrúbal, á Cartago. Éstos abrieron los dos ojos de la costa del Mediterráneo, y no un Dios airado, ya que vosotros negáis que en Dios quepa la ira.

»Me diréis que pudo ayudar y conservar ciudades tan grandes y tan ilustres. Vosotros mismos soléis decir que no hay ninguna cosa que Dios no pueda hacer sin trabajo alguno. Así como los miembros humanos se mueven con el entendimiento y con la voluntad, así el numen divino lo forma, mueve y modifica todo. Y no decís esto supersticiosa y puerilmente, sino con razones físicas y graves, porque enseñáis que la materia, de que nacen todas las cosas y en la cual todas se resuelven, es tan flexible y apta para transformaciones, que nada hay que no pueda nacer de ella cuando la modela y emplea como instrumento la Divina Providencia, que es omnipotente para cuanto quiere. De aquí deduzco que no sabe lo que

puede, ó que olvida las cosas humanas, ó que no puede juzgar y distinguir cuál es lo mejor.

»No se cuida de cada uno de los hombres en particular. Ni es admirable esto, ya que tampoco se cuida de las ciudades, ni de las naciones y gentes; y si las desprecia, claro es que desprecia también á todo el género humano. Decís por un lado que la providencia de los Dioses no se extiende á todas las cosas, y sostenéis por otra parte que los Dioses envían á los hombres los sueños. Y esto va contigo, porque ésta es vuestra opinión sobre la verdad de los sueños. Decís también que los Dioses reciben los votos de los buenos: es así que los votos los hace cada uno en particular; luego es cierto que la mente divina juzga de los singulares. Veis, pues, que no está tan desocupada como creíais. Si está dilatada por todas partes, gobernando el cielo, defendiendo la tierra, moderando el mar, ¿por qué consiente que tantos Dioses no hagan nada, y estén ociosos? ¿Por qué no pone al cuidado de las cosas humanas alguna de esas innumerables divinidades que tú, oh Balbo, has explicado?

»Esto es lo que tenía que decir sobre la naturaleza de los Dioses, no para negarla, sino para que entendieseis cuán oscura es y cuán difícil explicación tiene.»

Habiendo acabado de hablar Cota, le respondió Lucilio: «Con mucha vehemencia has combatido contra la religiosa opinión de los estoicos sobre la providencia de los Dioses. Pero como ya anochece, guardaremos para otro día lo que tengo que decir en contra. He de pelear contigo por las aras y los templos de los Dioses, y por los muros de la ciudad que vosotros los pontífices declaráis santos, pues más defiende á la ciudad la religión que las mismas murallas. Y yo no he de abandonar su defensa, mientras me quede un aliento de vida.»

A esto respondió Cota: «También yo deseo, oh Balbo, que me repliques; y lo que he dicho, más ha sido por disputar que por juzgar, y harto sé que fácilmente puedes vencerme.—¡Ya lo creo! dijo Veleyo; como que opina que los sueños nos los envía el mismo Júpiter; y en verdad que los mismos sueños no son tan livianos como lo es el parecer de los estoicos acerca de la naturaleza de los Dioses.»

Dicho esto, nos retiramos; y la opinión de Cota me pareció más verdadera que la de Veleyo; pero la de Balbo más cercana á la verdad que ninguna de las otras.
